

Disertación en el marco del Desayuno de Trabajo organizado por la Konrad-Adenauer-Stiftung (KAS), 9 de mayo de 2018, Hotel Savoy, Buenos Aires

Terrorismo y Violencia Anarquista, de cara a la reunión del G-20 en Buenos Aires

Mariano Bartolomé

En la agenda de la Seguridad Internacional contemporánea, el terrorismo ocupa una posición de relevancia, debido a su nítida vigencia. El último relevamiento anual del *Global Terrorism Index* indica que en el año 2017 el flagelo terrorista ocasionó más de 25 mil víctimas fatales, en casi 80 países. La organización responsable de buena parte de estos hechos es Estado Islámico de Irak y el Levante (ISIS), también conocida con Estado Islámico (EI) o *Daesh*, como es denominada de manera cada vez más recurrente en Occidente.

Daesh indudablemente constituye la organización terrorista paradigmática de la segunda década del presente siglo, como lo fue la red Al-Qaeda de Osama bin Laden el decenio anterior. Sin embargo, entre ambas entidades se registran importantes diferencias, siendo una de ellas que Daesh apela con recurrencia al formato de atentados vía los llamados “lobos solitarios”, que cometen sus actos en forma aparentemente aislada y con gran autonomía respecto a la estructura del grupo.

El origen de los lobos solitarios de Daesh remite a los adherentes que confluyeron a Siria e Irak para engrosar las filas de sus estructuras armadas procedentes de diferentes partes del globo, aunque en una proporción del 15% al 20% su origen era Europa. Los móviles podían incluir la solidaridad con los hermanos sunnitas en combate con los chiítas y alawitas, en Irak y Siria respectivamente; la intención de participar en la construcción del Califato que había anunciado Abu Bakr al-Baghdadi; la búsqueda de nuevos ingresos económicos, e incluso la simple sed de aventuras. A grandes rasgos, los “extranjeros” de Daesh respondían a cierto patrón: de sexo masculino, solteros, sin hijos, de estratos sociales bajos, descendientes de migrantes musulmanes hasta tercera generación, y con problemas de asimilación a sus respectivas sociedades.

Estos combatientes extranjeros de Daesh constituyen la base de los lobos solitarios, que pueden dividirse en cuatro grandes tipos, que fueron surgiendo de manera sucesiva a lo largo de una línea de tiempo. Primero, yihadistas entrenados en Irak y Siria, que retornan a sus países de origen y allí cometen sus atentados, ordenados por la cúpula del grupo; segundo, adherentes no entrenados en el tablero de Medio Oriente, pero con contactos en la organización, de la cual reciben instrucciones; tercero, adherentes que no adquirieron experiencia de combate en Medio Oriente y, pese a tener contactos con el grupo, actúan por propia iniciativa; finalmente, terroristas que carecen de contacto con la organización, pero actúan unilateralmente en nombre de ella.

Las acciones de lobos grises en Europa se desataron con el atentado contra la revista parisina *Charlie Hebdo* en febrero de 2015, y durante cierto tiempo encuadraron en los dos primeros grupos mencionados anteriormente. Con el paso del tiempo, mutaron hacia el tercer y cuarto grupos, replicándose también en Estados Unidos. En este marco se inscriben los ataques de Niza, Barcelona, Estocolmo, Berlín, Manchester, Orlando, San Bernardino y Manchester, entre otros. Dos hechos indican que, pese a las severas derrotas sufridas por Daesh en territorio sirio

e iraquí, esta modalidad no es cosa del pasado: el ataque suicida registrado en la localidad francesa de Carcassone, en marzo de este año; y por la misma época la detención en Colombia de un ciudadano cubano vinculado con Daesh, quien confesó el intento por organizar un atentado terrorista en pleno centro de Bogotá.

Frente a estas nuevas modalidades del terrorismo, Argentina debe redoblar sus medidas de prevención, de cara a las reuniones que celebrará en nuestro país el Grupo de los Veinte (G-20) países con mayor desarrollo del orbe. Nuestra lejanía geográfica de los grandes centros de poder mundial no debe inducirnos a bajar la guardia, siendo útil en este sentido recordar que en los recientes Juegos Olímpicos de Río de Janeiro una filial local de Daesh, denominada *Ansar al-Khilafah*, intentó llevar a cabo un atentado terrorista en el Estadio Maracanã de la ciudad carioca. El plan fue finalmente frustrado por las autoridades locales, en el marco de una llamada *Operación Hashtag* que arrojó decenas de detenidos.

Sin embargo, no es el terrorismo personificado en los lobos solitarios la única fuente de amenaza que debe tener en cuenta la Argentina, de cara al G-20. Debe prestarse especial atención a los grupos radicalizados que operan dentro de los movimientos antiglobalización. Esos grupos focalizan sus acciones contra instituciones multilaterales tales como la Organización Mundial de Comercio (OMC), el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM), el Grupo de los Siete (G-7) e incluso la Unión Europea (UE).

Los antecedentes de esos grupos se rastrean en la reunión que la OMC celebró en Seattle en 1999, donde la violencia desatada arrojó un saldo de medio millar de detenidos. En este siglo, las explosiones de violencia continuaron incrementándose en forma sostenida, en cada reunión de las referidas instituciones, obligando a movilizaciones cada vez mayores de las fuerzas del orden. Y a partir del año 2001, incluyeron el uso de armas de fuego por parte de los manifestantes. En este contexto se destaca, por su violencia, el llamado Bloque Negro (*Black Block*), integrado por anarquistas radicalizados que visten enteramente con ese color, operan de manera perfectamente organizada y no sólo no rehúyen los choques con las fuerzas policiales, sino que incluso son proclives a esos enfrentamientos.

En la reunión del G-8 en Génova, por ejemplo, el gobierno italiano movilizó más de veinte mil efectivos, suspendió momentáneamente el Acuerdo de Schengen de libre movilidad transfronteriza, cerró el puerto y el aeropuerto, y vedó vastas zonas del casco urbano calificándolas como “zonas rojas”; nada de esto impidió los brotes de violencia del Black Block, que se saldaron con un manifestante muerto.

En esta línea de pensamiento, la última reunión cumbre del G-20, celebrada en Hamburgo, obligó al gobierno de Ángela Merkel a un inédito operativo de seguridad que incluyó veinte mil efectivos, 25 helicópteros y aproximadamente tres mil vehículos. A pesar de ese esfuerzo, el evento dejó un saldo de doscientos heridos y otros tantos detenidos, y enormes destrozos en diferentes barrios de la ciudad.

Nuevamente, el ejemplo de Brasil debe ser tenido en cuenta por nuestro país. Durante la Copa Mundial de Fútbol celebrada en el vecino país, el Black Block intentó realizar acciones violentas en Río de Janeiro y otras sedes, que finalmente no tuvieron lugar.

En suma, atentados terroristas perpetrados por organizaciones salafistas bajo el formato comúnmente conocido como lobos solitarios, y acciones de violencia anarquista perpetradas por Black Block y otros grupos radicalizados encuadrados en movimientos antiglobalización.

Dos peligros que no debe descuidar el Poder Ejecutivo de nuestro país, de cara a la reunión cumbre del G-20 en Buenos Aires.-